



IX Jornadas de Investigación en Filosofía FAHCE -UNLP

Entre el evolucionismo como ideología y la ciencia experimental

Graciela Bosch

(UBA)

Introducción. Formación de una esfera pública intelectual local positivista

En el presente trabajo se destaca la capacidad de la cultura ilustrada para actuar sobre la realidad social y política. Por ‘cultura ilustrada’ nos referimos al estilo cultivado por aquel grupo que, alrededor de 1880, en Argentina, se constituyó por la articulación de lo cultural con lo político. (Rama, 1985: 36-50) Se trata de intelectuales funcionarios del Estado, entendiendo por tales a aquellos estudiosos para los que la práctica científica fue una rama de su función estatal y el criterio de demarcación provino de instancias exteriores a la práctica misma. Los intelectuales ilustrados asumirán como propio el control social, apoyados en la doctrina positivista. La percepción de una sociedad dispersa que debía ser homogeneizada se cruzó con el optimismo frente al poder reparador de la ciencia. Por tal motivo, el positivismo, como la herramienta más apta para la construcción de un programa que comprendiera las formas de dotar a la población de signos identitarios, provocó las mayores adscripciones.

Dentro de las variantes del positivismo, una de las herramientas que Ramos Mejía elige para elaborar ese programa es el darwinismo social. En este trabajo sostenemos que, a través de este estilo evolucionista, el intelectual fue totalmente infiltrado por la ideología, como forma de legitimación de un sistema de dominación que debe quedar oculto.¹ El darwinismo social excedió ostensiblemente los marcos de la neutralidad y comprometió las funciones del funcionario y profesional universitario. El estado intermedio que rodeó al evolucionismo en sus inicios, entre la ciencia y la religión, brindó el apoyo ideológico que la empresa de estos intelectuales requería, pero al costo de desdoblar funciones y asumir posiciones diferenciadas en cada una de ella.

I. Darwinismo como religión secular

a. Propósito de *Las multitudes argentinas*

¹ Se trata de un espacio en que el enunciado no se caracteriza por su verdad o falsedad, sino por su función que desempeña con respecto a alguna forma de dominación social de un modo no transparente. La lógica de la legitimación de la relación de dominación debe permanecer oculta para ser efectiva, (Zizek, 2003: 15)

En *Las multitudes argentinas*, de 1899, Ramos Mejía justificó la preferencia por determinado grupo social, dentro del conglomerado que el autor aspiró a encauzar. Se trata de un texto en cuya factura intervino el discurso positivista en las variantes organicista - evolucionista, frecuentadas en la época y difundidas a través de Gustave Le Bon (1841-1931) y Spencer, entre otros. La “muchedumbre”, como objeto de estudio, será un tópico recurrente entre los autores que responden al programa positivista. Para Ramos Mejía, si bien la función de las multitudes es vaga y oscura, su presencia significa un preanuncio de posibles beneficios. De este modo, la perspectiva de Ramos Mejía opera en dos dimensiones. Una es la dimensión contemporánea al autor, que encuentra al individuo bajo lo que Ramos Mejía describe como el “encantamiento y sugestión” o “alucinación capaz de crear mundos de la nada” (Ramos Mejía [1899] 1934: 38-39), provocados por su inserción en lo colectivo. Pero esta dimensión tiene, como horizonte de expectativas, la revalorización de la acción política futura del inmigrante, en desmedro de los elementos autóctonos, incluida su elite. De este modo, los intentos de Ramos Mejía estuvieron orientados tanto a controlar la nueva sociedad, asumiendo el *factum* de la muchedumbre para arbitrar los medios para gobernarla, (Terán, 2008: 130-131) como a intervenir en los conflictos intraoligárquicos.²

La desconfianza hacia la clase gobernante obedece a la recusación de Ramos Mejía del modelo de participación sin representación³ y al sesgo administrativista de la política llevada a cabo por las clases tradicionales. Como, para el autor, la formación de una nacionalidad republicana profunda requiere pasión, intentará reparar su ausencia

² La participación de Ramos Mejía en las contiendas intraoligárquicas se produjeron tempranamente, dado que su cercanía con la prensa le permitió confrontar, como estudiante, con las autoridades constituidas de la Universidad de Buenos Aires. Durante el verano de 1873-74, siendo estudiante del primer curso de la Facultad de Medicina, publicó en el diario *La Prensa* varios artículos críticos sobre la calidad de la enseñanza y el ejercicio arbitrario del poder existente en esa casa de estudios, tanto desde el cuerpo de profesores como desde las autoridades. Del autoritarismo denunciado por los estudiantes da testimonio el hecho de que la Facultad de Medicina se hubiera mantenido independiente de la universidad por más de veinte años. Esta autonomía resultaba conveniente para el ejercicio del control de los mecanismos que rigieron el acceso y funcionamiento de la casa de estudios, llevado a cabo por una elite de profesores que mantenía fuertes relaciones con grupos gobernantes provinciales. Estos grupos no sólo tuvieron influencia sobre las cátedras, sino también sobre las políticas sociales de salud. Con respecto a lo académico, los estudiantes reclamaban la actualización de los planes de estudio y la modificación del sistema de exámenes. La protesta estudiantil protagonizada por Ramos Mejía encontró eco en medios ajenos a la universidad. Como afirma Halperin Donghi, *La Prensa* dio una “infatigable hospitalidad a los escritos de Ramos Mejía”. (Halperin Donghi, 1962:83-84) La creación del Círculo Médico Argentino y la revisión de todo el régimen de enseñanza y plan de estudios fueron consecuencia de este enfrentamiento que tuvo a los estudiantes rebeldes y a los médicos más jóvenes como ganadores de la competencia. (Buchbinder, 2005: 52-53)

³ Refiere al grupo dirigente de gobernantes que se eligen a sí mismos.

rastreándola por fuera de su medio social. (Terán, 2004:19-20) Al respecto, dice Ramos Mejía:

En nuestro país, en plena actividad formativa, la primera generación del inmigrante, la más genuina hija de su medio comienza a ser, aunque con cierta vaguedad, la depositaria del sentimiento futuro de la nacionalidad, en su concepción moderna. (Ramos Mejía, [1899] 1934: 253)

b. Contraste entre G. Le Bon y Ramos Mejía

Estas cuestiones pueden ser ilustradas contrastando la posición de Le Bon, en *La Psicología de las masas*, de 1895, con la de Ramos Mejía, con respecto a la visión que estos autores tienen sobre sus respectivas sociedades ampliadas. Observamos que la influencia del francés sobre nuestro exponente local es manifiesta. En efecto, ambos exaltan la individualidad y consideran que la multitud es una anomalía que la deniega. (Ramos Mejía, [1899] 1934: 33 y 36/ Le Bon, [1895] 2000: 38, 45 y 46) De esta manera, tanto en Ramos Mejía como en Le Bon lo colectivo trasciende lo individual, resultando un producto distinto de la suma de las partes. Sin embargo, las semejanzas se detienen allí donde se ponen en juego las especificidades locales. Esta cuestión, al tiempo que ilustra la posición de Ramos Mejía al respecto, nos informa sobre su preocupación por evitar la reproducción automática de las ideas importadas. En efecto, para Le Bon, con el advenimiento de las clases populares a la vida política se produce un retorno a períodos de anarquía y adjudica a las masas un poder definitivamente destructivo, semejante al de microbios que potencian la disolución de los cadáveres. (Le Bon, [1895] 2000: 22) Ramos Mejía, en cambio, invierte la analogía biológica, al sostener que “el virus que destruye y mata es susceptible de curar”. En tal sentido, rescata la fuerza y la pasión de los hombres que emergen de las muchedumbres: los nuevos sujetos sociales. (Ramos Mejía, [1899] 1934: 31-32) El rescate o intento de salvación de elementos aparentemente encontrados que realiza Ramos Mejía es un indicio bastante elocuente de su opción por la perspectiva que define a la sociedad por su constante fluir.

c. Influencia de Spencer

La consideración de la sociedad como un organismo y la aplicación del evolucionismo sobre la sociedad, de *Las multitudes argentinas*, expresa la opción teórica de Ramos Mejía. Dice el autor:

cuando estudiaba el admirable procedimiento adoptado por la naturaleza para ir (...) desenvolviendo los tipos orgánicos, desde nuestro modesto abolengo siluriano, el pez

primitivo, hasta el hombre, me parecía, no sin motivo, que en la formación de esta sociedad algo análogo debía producirse. (Ramos Mejía, 1899] 1934: 242-243)

En tal sentido, la función de los organismos sociales primitivos, con respecto a los cuales los caudillos locales (Facundo, Artigas, Ramírez y Rosas) constituyen su representación, no es política sino biológica. Pero si estas especies primitivas ocupan el lugar de la barbarie urbana o rural, del troglodita de “músculos espesos (...) nervios vírgenes y excitables”, (Ramos Mejía, [1899] 1934: 242) el lugar reservado para el inmigrante será el de “embrión primero”. (Ramos Mejía, [1899] 1934: 246-247)

La embriología, invocando las fuerzas evolutivas internas de algunos organismos, privilegia la capacidad evolutiva de unos, a expensas de otros. Como Ramos Mejía desarrolla el pasaje de habitante a ciudadano del inmigrante, en clave evolucionista, esa condición embrionaria será la que operará como condición de posibilidad de la “raza nueva”. El contacto con el medio local, vía el “ruido primero, el sonido después, el color variado”, será el motor externo que desencadene el proceso. (Ramos Mejía, [1899] 1934: 248-249) De este modo, el autor predice, en el hijo del inmigrante, un transformismo que desecha los caracteres deficientes anteriores, propios del lugar de origen, para incorporar, vigorizándolos, los que el medio local le impone. Asimismo, se trata de transmutaciones bruscas, sin formas intermedias. Para Ramos Mejía, la evolución opera por saltos, sobre los hijos y nietos de los inmigrantes, luego de un período de estancamiento. Dice Ramos Mejía:

El inmigrante transformado no piensa ni siente con el instrumento importado, que era deficiente, sino con el fundido en el patrón que el medio le ha impuesto; de manera que las influencias hereditarias transmitidas tienen que ser, en un treinta y cinco por ciento, indígenas, argentinas (Ramos Mejía, [1899] 1934: 252)

Por tal motivo, la moderna sociedad argentina se formará, en la lucha por la vida, a partir de las adquisiciones heredadas de las modificaciones de las características primigenias. La teoría de la herencia de los caracteres adquiridos, como mecanismo del cambio, también tributaria de Lamarck, se adecua, en mayor medida que la selección natural, al llamado darwinismo social. En efecto, en la perspectiva que considera que los caracteres adquiridos se heredan está ausente la idea de arbitrariedad que define a la selección natural, como principio relativo a cada situación. En este concepto de herencia está implícita la creencia en el progreso social, como mejoramiento de la raza, en una faceta más del avance global que caracteriza a todos los procesos en su tránsito

de lo simple a lo complejo, según la teoría que sostiene Spencer. Esta creencia en el progreso necesario es contradictoria con la selección natural.⁴ (Ruse, 2008: 249)

El tipo de doctrina en la que abrevó Ramos Mejía en algunos de sus textos tuvo efectos en la coherencia de su acción: como miembro del espacio intelectual ilustrado se desprendió del profesional funcionario del Estado. Porque la creencia, no susceptible de ser justificada empíricamente, en la necesidad de las leyes sociales y en el progreso social, ha llevado a la consideración del evolucionismo, en sus orígenes, como una religión secular. Sostiene Ruse que esta conversión de ciencia a religión habría sido favorecida por las dificultades con las que se enfrentaron los evolucionistas contemporáneos a Darwin para hacer contrastables sus hipótesis⁵ y para convertir sus teorías en conocimientos demandados por la sociedad, en un momento en que comenzaban a organizarse los estudios profesionales, reclamando temáticas susceptibles de investigación académica.

En tal sentido, los resultados de las investigaciones comenzaron a visualizarse como una especie de mercancía que los jóvenes profesionales debían suministrar a sus contemporáneos, evaluándose la utilidad que pudiesen reportar. En estos términos, el evolucionismo no tenía mucho que ofrecer. En cambio, estaba en condiciones de proponer una nueva concepción del mundo o una religión secular que reemplazara las creencias tradicionales, cuyo conservadurismo los reformistas desafiaban. (Ruse, 2008: 31)

En el contexto local, para la época en que se desempeñaba Ramos Mejía, existía un mandato muy fuerte para que la Universidad de Buenos Aires proporcionara beneficios sociales. Como sostiene Buchbinder, el carácter profesional de los estudios universitarios actuó en desmedro del sostenimiento de las ciencias no aplicadas, puramente investigativas, de algunas casas de estudio, por considerarlas inútiles, sin fines prácticos.⁶ La profesionalización estuvo atravesada por una acción fuerte del

⁴ Aunque Darwin no fue ajeno a la noción de progreso extendida en su época, la creencia en un proceso sostenido por leyes inevitables, que conduce a los fenómenos a una meta definida de antemano, en que aquello que es posterior es siempre mejor que lo anterior, se ve neutralizada por su postulación de la existencia de una cierta arbitrariedad en la evolución mediante selección natural. De este modo, lo que triunfa en una situación no es necesariamente lo que triunfa en otra. Por lo tanto, no hay una postulación de la perfección absoluta como fin. En cambio, cada momento de la evolución significa un perfeccionamiento relativo con respecto a fenómenos acaecidos con anterioridad.

⁵ Señalamos que esta limitación estuvo atenuada con la teoría de Lamarck

⁶ Dice Buchbinder; “Eduardo Wilde (...) señalaba que desde el Poder Ejecutivo se creía que los estudios universitarios debían tener “fines prácticos” y permitirles a quienes concurrieran a las casa de estudios superiores producir beneficios a favor propio o del país” (Buchbinder, 2008: 37)

Estado, que reguló el ejercicio de las profesiones encaminadas a la reproducción de la sociedad, como la medicina o la abogacía. (Buchbinder, 2008: 37-38) En el caso de la medicina, además, el crecimiento de las ciudades y la apertura de un nuevo mercado de la salud, a causa de la emergencia de una incipiente clase media, agregaron valor a estos estudios, para esta visión pragmática de la ciencia y la profesión. (Buchbinder, 2005: 52)

De acuerdo con lo anterior, la trayectoria como profesional funcionario del Estado de Ramos Mejía se encaminó hacia la promoción de nuevas instituciones relacionadas con la salud pública y hacia la docencia en cátedras que ofrecían contenidos de utilidad social o de incuestionable carácter empírico. En efecto, en el campo profesional de la medicina, como miembro de la esfera académica, su dedicación a la ciencia experimental fue significativa: acepta la cátedra de Higiene, luego de la epidemia de cólera; crea la cátedra de Enfermedades Nerviosas, en la Facultad de Medicina.⁷ Como afirma Ruse, “a la profesión médica le ofrecieron la fisiología, prometiendo formar biólogos con sólidos conocimientos que luego podrían capacitarse como médicos”. (Ruse, 2008:31) En cambio, la religión secular que menta Ruse está contenida en los estudios biosociológicos de Ramos Mejía,⁸ a los que sostiene, *qua* intelectual, como miembro de una esfera pública más amplia.

Conclusión

Ramos Mejía, como ideólogo, justificó la desigualdad valiéndose de una teoría a la que interpretó en forma cerradamente determinista, de modo de sustituir la arbitrariedad de la elección de un grupo humano sobre otro, por la necesidad de su preeminencia; pero como profesional, ofreció a la sociedad los conocimientos técnicos que ésta reclamaba.

⁷ Así, la creación del primer Hospital de Sangre de la ciudad; la atención de una sala del Hospital San Roque, como médico de la Comisión Municipal; la promoción de la creación de la Asistencia Pública, a la que presidió desde 1882 o la conducción del Departamento Nacional de Higiene, desde 1888 hasta 1898, cargo desde el cual promovió el sanitarismo en Buenos Aires, con medidas contra la Fiebre Amarilla, son algunos ejemplos de las nuevas actividades que atendieron la cuestión social que la época demandaba, asumidas por Ramos Mejía. Asimismo, en el ámbito académico, en 1886 acepta la cátedra de Higiene, luego de la epidemia de Cólera y crea la cátedra de Enfermedades Nerviosas, ambas en la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires.

⁸ La difusión del evolucionismo en el grupo intelectual que frecuenta el autor se encamina en esa dirección. Que el darwinismo apareciera por primera vez, públicamente, en una obra de ficción, señala el carácter equívoco que, como ciencia, revisten estos estudios en sus inicios. En tal sentido, encontramos a Ramos Mejía como personaje de una ficción de Eduardo Ladislao Holmberg, *Dos partidos en lucha*, de 1875, referida a la recepción de Darwin en Argentina y las polémicas locales que se establecen a partir de la presentación de sus ideas. A través de esta obra, su autor señala el parteaguas local que la introducción de una teoría novedosa produjo en un sector ávido de nuevas incorporaciones.

Observamos en estas tensiones, una decisión política que oculta su carácter histórico de construcción, detrás del naturalismo de las teorías y detrás, también, de los distintos papeles que el intelectual representa.

Eduardo Ladislao Holmberg, compañero de Ramos Mejía en la Facultad de Medicina, en la obra *Dos partidos en lucha*, de 1875, presenta a Ramos Mejía como el “médico de las enfermedades morales”. Por tratarse de un texto que ficcionaliza la recepción de Darwin en Argentina, esta atribución nos parece relevante para comprender la índole ideológica de los estudios evolucionistas llevados a cabo por este autor. (Monserrat, 2000: 209-214/ 1996: 156-162) La categoría moral ofició de vehículo a través del cual esta ideología pudiera expresarse. De este modo, el darwinismo social, como religión secular, ocultó las ostensibles aspiraciones políticas implícitas en la pretensión de dirigir el proyecto político, tras el agotamiento de la elite tradicional. La distribución de la ciencia y la moral, en la obra y en la acción del autor, ilustra su posición ambigua.

Bibliografía

Fuentes primarias

Le Bon, ([1895] 2000), *Psicología de las masas*, Madrid, Morata.

Ramos Mejía, J. M., ([1899]1934), *Las multitudes argentinas*, Buenos Aires, La cultura popular,

Spencer, H., (1898] 2003), *The Principles of Sociology*, New Jersey, Library of Congress.

Fuentes secundarias

Buchbinder, P., (2005), *Historia de las universidades argentinas*, Buenos Aires, Sudamericana.

Buchbinder, Pablo, (2008), *¿Revolución en los claustros? La Reforma Universitaria de 1918*, Buenos Aires, Sudamericana.

Monserrat, Marcelo, (1996), *Usos de la memoria. Razón, ideología e imaginación históricas*, Buenos Aires, Sudamericana-San Andrés.

Monserrat, (2000), “La sensibilidad evolucionista en la Argentina decimonónica”, en Monserrat (comp.), *La ciencia en la Argentina entre siglos. Textos, contextos e instituciones*, Buenos Aires, Manatíal,

Ruse, Michael, (2008), *Charles Darwin*, Buenos Aires, Katz.

Terán, O., (2004), “Ideas e intelectuales en Argentina”, en Terán O., (coord.), *Ideas en el siglo. Intelectuales y cultura en el siglo XX latinoamericano*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores Argentina